

naturales de Nueva-Zelanda (1). Los pueblos del Congo conservan como trofeos los cráneos de sus enemigos (2) «se enseñan todavía como trofeos en la corte de los Achantis, el cráneo y el femur del último rey de Dinkira (3). Los Kukis, una de las tribus montaraces de la India, tienen igual costumbre. En Persia «hacíanse matar á sangre fría» por dinero, «prisioneros (de guerra) para que sus cabezas enviadas con premura al rey... fuesen á aumentar el número de ellas (4).» Finalmente, lo que demuestra que entre otras razas asiáticas la costumbre de cortar las cabezas á los muertos subsiste á pesar de una semi-civilizacion, es que los turcos lo han hecho no há mucho tiempo; vióseles algunas veces exhumar los cuerpos de los enemigos difuntos y cortarles la cabeza.

Este último hecho nos conduce á observar que la bárbara costumbre de cortar cabezas ha sido y continua siendo practicada con el mayor rigor mientras el espíritu militar continua siendo excesivo. Entre los antiguos hechos podemos citar las hazañas de Timur, que exigió á Bagdad noventa mil cabezas (5). Entre los modernos, los más notables proceden de Dahomey. «El dormitorio del rey de Dahomey estaba pavimentado con cráneos de príncipes y jefes de los países vecinos, de manera que el rey los hollaba con su planta (6).» Y cuando el rey dice que «necesita bálago para la cubierta de su casa (7),» quiere decir «que da orden á sus generales para hacer la guerra, por alusion á la costumbre de colocar las cabezas de los enemigos muertos en el campo de batalla ó de los prisioneros importantes, sobre los techos de los cuerpos de guardia de sus palacios.»

Basta de ejemplos; veamos ahora cómo este acto de cortar la cabeza para trofeo, es el punto de partida de uno de los medios empleados para robustecer el poder político; digamos cómo se convierte en un factor de las ceremonias religiosas, y cómo entra en las relaciones sociales como medio de gobierno.

No será posible dudar que las pirámides y las torres de cabezas cortadas que Timur levantó á las puertas de Bagdad y de Alep, hubiesen dejado de afirmar su dominacion por el terror que inspiraban á los pueblos subyugados,

(1) Dr. A. S. Thompson. *The Story of New-Zeland, Past and Present, Savage and Civilised*. London, 1859, I, 130.

(2) Capt. J. K. Tuckey. *Narrative of an Expedition to explore the River Zaire*. London, 1818, 101.

(3) Joseph Dupuis. *Journal of Residence in Ashanté*, trans. London, 1824, 227.

(4) J. Morier. *Second Journey to Persia*. London, 1818, 186.

(5) Gibbon. *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*. London, 1847, 1131.

(6) R. F. Burton. *Mission to Gelele, etc.* I, 218.

(7) Archibald Dalziel. *History of Dahomey*. London, 1793, 76.

y por el temor con que inspiraban á sus tropas el pensamiento de la venganza que el dueño sabría tomar de su insubordinacion. Es tambien evidente que la idea de que el rey de Dahomey habita una casa pavimentada y decorada con cráneos, es propia para amedrantar á sus enemigos y hacerse obedecer de sus vasallos. Al Norte de la isla Celebes, en donde antes de 1822 «el principal ornato de las casas de los jefes se componía de cráneos humanos,» estas pruebas de las victorias que habian obtenido en la guerra, sirviendo de símbolo de su autoridad, no podian ménos de ejercer una influencia bajo el punto de vista del gobierno.

Tambien tenemos pruebas formales de que se ofrecen cabezas á los muertos, á manera de propiciacion, y que la ceremonia de esta ofrenda forma parte de un cuasi culto. El pueblo de que en último término acabamos de hablar, nos ofrece un ejemplo de ello. «Cuando un jefe muere, es menester decorar su tumba con dos cabezas recién cortadas, y si se carece de enemigo al cual inmolar, en tales casos se sacrifican esclavos.» Lo mismo sucede entre los Dayaks, raza avanzada bajo muchos aspectos, pero que ha conservado esta costumbre santificada por la tradicion. «El anciano guerrero no pudo descansar en paz dentro de su tumba hasta que sus parientes cortaron una cabeza en honor suyo (1).» Entre los Kukis del Norte de la India, el sacrificio de la decapitacion aun se lleva más allá. Verifican excursiones á las llanuras para procurarse cabezas. «Sábese que en una sola noche cortaron cincuenta de ellas (2).» Se sirven de las mismas en las ceremonias de los funerales de sus jefes, y siempre, despues de la muerte de uno de sus rajahs, es cuando hacen los Kukis estas incursiones.

En prueba de que la posesion de estas horribles muestras de victoria da influencia en las relaciones sociales, citamos el siguiente pasaje de Saint-John: «Si los Patakans y los pueblos de Borneo dan caza á las cabezas, ello no es tanto para cumplir una ceremonia religiosa, como para dar fé de su valor y demostrar que son hombres. En sus disputas se oye siempre: ¿cuántas cabezas cortaron tu padre ó tu abuelo? ¿Ménos que los míos? Pues no puedes ponerte orgulloso (3).»

Pero la cabeza de un enemigo es de un volúmen embarazoso, y cuando es

(1) F. Boyle. *Adventures among the Dayaks of Borneo*. London, 1865, 170.

(2) Fischer. *Journ. as. soc. Ben.* IX, 836.

(3) Spencer St-John. *Life in the Forests of the Far East*. London, 1862, II, 28.



necesario hacer mucho camino para volver del campo de batalla, se ofrece una cuestión: ¿no puede darse la prueba de haber matado á un enemigo llevando solo una parte de su cabeza? En ciertos puntos el salvaje ha resuelto este punto, y obra en consecuencia.

Esta costumbre modificada y el sentido que á ella se une, son perfectamente comprendidos por los Achantis; entre éstos, «el general que manda la expedición envía á la capital los maxilares de los enemigos muertos (1).» «Los Tahitianos, en la época de su descubrimiento, arrancaban las mandíbulas de sus enemigos, y Cook vió quince de ellas en la techumbre de una casa (2).» Lo mismo acontece en la isla de Vate, en donde «la grandeza del jefe se mide por la cantidad de los huesos que puede enseñar (3).» Cuando «uno de los enemigos que ha dicho mal del jefe, llega á ser matado, se cuelga su mandíbula en la casa de éste como trofeo;» esto es una advertencia amenazadora para todos los que le denigren de palabra. Hallamos otro ejemplo de esta costumbre y también de su influencia social, en un relato muy reciente relativo á otra raza de Papuas, que vive en Boigu, en la costa de Nueva Guinea. «Estos pueblos, escribe Mr. Stone, son por naturaleza sanguinarios y belicosos; con frecuencia hacen incursiones en el *Big Land*, y se traen en triunfo las cabezas y las mandíbulas de sus víctimas; la mandíbula se hace propiedad del matador, la cabeza es de aquel que la corta. También se considera la mandíbula como el trofeo más precioso, y cuantas más un hombre posee, es tenido por más grande á los ojos de sus compañeros (4).» Puede añadirse que en ciertas tribus de los Tupis de la América del Sud, para honrar á un guerrero victorioso, «se le ata al brazo la boca de la víctima á manera de brazalete (5).»

Al lado de la costumbre de hacer trofeos con mandíbulas, puede colocarse la costumbre análoga de hacerlos con dientes. De ello tenemos ejemplos en América. Los Caribes «ensartaban con un hilo los dientes de aquellos de sus enemigos que habían derribado en la batalla, y los llevaban alrededor de sus brazos y piernas (6).» Los Tupis devoran á sus enemigos y conservan de ellos «los dientes con los cuales se fabrican collares.» Las mujeres de los Moxos «llevaban collares fabricados con dientes de los enemigos matados por sus ma-

(1) Ramseyer and Kühner. *Four Years, in Ashantee*, 130.

(2) Cook. *Hawk*. vol. II, 161.

(3) Rev. W. Turner. *Nineteen Years, etc.* 393.

(4) Geog. soc. 1876. *Lettres de M. Stone*, 7 Setiembre 1875.

(5) R. Southey. *History of Brazil*. London, 1810-17, I, 222.

(6) Bryan Edwards. *History of West Indies*. London, 1801, I, 45.

ridos en las batallas (1).» En tiempo de la conquista española, los naturales de la América Central hicieron un ídolo y colocáronle en la boca dientes arrancados á los Españoles muertos por ellos (2).

Otras partes de la cabeza hay que pueden fácilmente cortarse y que también sirven para idénticos usos. Cuando se ha dado muerte á muchos enemigos, se tiene para contarles un medio que no exige un gran volúmen; tal es el de recoger sus orejas. Por esto probablemente Gengis-Khan, en Polonia, hizo llenar nueve sacos de orejas derechas procedentes de los muertos (3). Algunas veces hánse cortado las narices como trofeos fáciles de contar. Constantino V «recibió como grato presente un plato lleno de narices (4),» y hasta en nuestros días los combatientes Montenegrinos llevan á sus jefes las narices que cortan. Si en una sola batalla cortaron la nariz á quinientos Turcos muertos en el combate, dícese que fué en represalias de haber los Turcos cortado las cabezas. Esto es cierto; pero esta disculpa en nada cambia el hecho. «Los jefes montegrinos no se dejarían persuadir en punto á renunciar á la costumbre de pagar á sus soldados el número de las narices que les llevan (5).»

Los antiguos Mejicanos que tenían por dioses á los Caníbales, sus antepasados deificados, en cuyo honor practicaban todos los días los ritos más horribles, tomaban á veces como trofeo la piel entera del vencido. «Se desollaba vivo á cualquier prisionero de guerra. El soldado que lo había preso vestía esta piel ensangrentada, y en esta compostura servía durante algunos días al dios de las batallas... El que vestía esta piel iba de un templo á otro, siguiendo hombres y mujeres exhalando gritos de alegría (6).» Dos cosas nos enseña este hecho, primeramente, que el trofeo lo toma el vencedor en señal de valentía, y después, que de él resultaba una ceremonia religiosa: enarbolábase el trofeo para agradar, según se creía, á divinidades sanguinarias. Existe otra prueba de que esta era la intención de la ceremonia. «En la fiesta de Totec, dios de los plateros, uno de los sacerdotes revestía la piel de un prisionero, y de este modo vestido transformábase en la imagen de este dios (7).» Nebel (pl. 3, f. 1) reproduce una estatua de basalto representando un sacerdote (un ídolo) reves-

(1) T. J. Hutchenson. *The Rasana*. London, 1868, 34.

(2) Fancourt. *The History of Yucatan*. London, 1854, 314.

(3) Gibbon, loc. cit., 1116.

(4) Ibid. 811.

(5) *The Times*. 14, 1876.

(6) Camargo, III, 134.

(7) Fr. Bernardino de Sahagun. *Historia general de las cosas de Nueva España*. Méjico, 1829, lib. IX, c. 15.



tido de una piel humana. Hallamos de ello otra prueba en la costumbre de un país vecino, el Yucatan: allí se acostumbraba «echar los cuerpos bajo las gradas, se les desollaba; el sacerdote se vestía las pieles y se ponía á bailar, después se enterraban los cuerpos en el patio del templo (1).»

Con todo, por regla general, el trofeo de piel es de una insignificancia relativa; solo llena una condición: la de que el cuerpo no puede dar otra. Vemos muy bien su origen en la siguiente descripción de una costumbre de los Abipones. Estos conservan las cabezas del enemigo,

«y cuando el temor de la reanudación de las hostilidades les obliga á buscar sitios en los cuales se hallan más seguros, despojan á estas cabezas de su piel cortándola de una oreja á otra por medio de una incisión que pasa por debajo de la nariz, y la arrancan juntamente con el cabello... El abipon que conserva consigo un número mayor de estas pieles, sobrepuja á los demás en fama militar (2).»

Pero es evidente que no es necesario mostrar toda la piel para probar que se ha poseído una cabeza: la piel de la coronilla que se distingue de la restante por la disposición del cabello, llena este objeto: de ahí la costumbre de arrancar el cuero cabelludo. Los relatos de la vida india nos han familiarizado tanto con esta costumbre, que no tenemos necesidad de dar ejemplos de ella. Conviene, no obstante, citar uno que hallamos entre los Shoshones, porque en él vemos claramente cómo el trofeo sirve para testificar la victoria, es decir, que sirve de testimonio legal considerado como prueba única.

«Arrancar la cabellera de un enemigo es un honor enteramente independiente del acto de vencerle. Matar á un enemigo no es nada mientras no se traiga su cabellera desde el campo de batalla, y si sucede que un guerrero mata á un cierto número de enemigos en la acción y otros le quitan la cabellera ó son los primeros en meter mano á los muertos, recaen sobre ellos todos los honores, pues que han llevado el trofeo (3).»

Por regla general, la costumbre de arrancar el cuero cabelludo nos hace

(1) Antonio de Herrera. *The General History of the Vast Continent and Islands of América*. Trans. London, 1825, IV, 174.

(2) M. Dobrizhoffer. *Account of the Abipones, etc.* II, 408.

(3) Lewis and Capt. Clarke. *Travels to the Source of the Missouri*. London, 1817, 309.

recordar á los Indios de la América del Norte, pero no les pertenece de una manera exclusiva. Herodoto dice que los Escitas arrancaban la cabellera de sus enemigos vencidos, y en nuestro tiempo, los Nagas de las montañas del Indostan arrancan cabelleras y las conservan.

La costumbre de conservar los cabellos sin la piel, como trofeo, es ménos general, porque este trofeo no da más que una prueba insignificante de la victoria, por la razón de que una cabeza podría dar cabello para dos trofeos. No obstante, hay ejemplos en los cuales se vé presentar la cabellera de un enemigo como prueba de victoria en la guerra. Grange habla de un naga cuyo broquel «estaba forrado con cabello de los enemigos muertos por él (1).» Un jefe mandano tenía una túnica «orlada con tirabuzones de cabello cortado por su propia mano de la cabeza de sus enemigos (2).» Se nos cuenta que entre los Cochimis «los hechiceros llevaban largas vestiduras de piel adornadas con cabellos humanos... en algunas de sus festividades (3).»

Entre el número de las partes que uno puede llevar consigo fácilmente para probar su triunfo, podemos citar además las manos y los piés. Las tribus mejicanas, ceris y opatas, «arrancan el pellejo á los enemigos muertos, les cortan una mano, y bailan en torno de estos trofeos sobre el campo de batalla (4).» Lo mismo hacen los Indios de California que también arrancan el cabello; se nos dice «que tienen la costumbre más bárbara aun de cortar las manos de sus enemigos, sus piés ó su cabeza, á guisa de trofeo. También arrancan y conservan consigo los ojos de los enemigos muertos (5).» Aun cuando esto no se diga, podemos suponer que se limitaban á tomar como trofeo la mano ó el pié de la derecha ó de la izquierda, pues que faltando este medio de comprobación hubiera sido fácil envanecerse de haber vencido á dos enemigos en lugar de uno solo. Entre los Khonds había la costumbre de colgar de los árboles de las aldeas las diestras de los enemigos muertos (6). Las manos servían de trofeos entre los mismos pueblos de la antigüedad. Se lee en una tumba del Kab, en el alto Egipto, una inscripción en la que se cuenta como Aahmés, hijo de Abu-na, jefe de los Timoneles, «cuando había conquistado una mano (en una ba-

(1) Grange. *Journ. Ass. soc. Bess.* IX, 959.

(2) G. Galtin. *Lettres etc. on North American Indians*. London, 1842, I, 136.

(3) Bancroft. *The Native Races etc.* I, 567.

(4) Id. id. I, 581.

(5) Id. id. I, 830.

(6) Lieut. Macpherson. *Report upon the Khonds of Ganjam and Cuttack*. Calcuta, 1842, 57.



talla), era elogiado por el rey y recibía un collar de oro en testimonio de su bravura (1).» Una pintura mural del templo de Medinet-Abu, en Tébas, representa un rey al que se ofrece un monton de manos.

Este último hecho nos sirve de transición para pasar á otro género de trofeos. Con el monton de manos depositadas así delante del rey, se vé tambien un monton de falos. Una inscripcion explicativa cuenta la victoria de Menephtah sobre los Libios, en ella se lee que «cortó las manos á todos sus auxiliares» y las trajo cargadas en asnos en el séquito de su ejército vencedor; luego menciona estos trofeos de otro género cogidos á los Libios. Una transición natural nos lleva á una clase de trofeos parecida, que antiguamente habia costumbre de llevar por regla general, costumbre conservada hasta los tiempos modernos en la vecindad de Egipto. Séame permitido citar ahora un pasaje del relato que hace Bruce de una costumbre especial de los Abisinios; es en extremo significativo. Dice, pues:

«Al final de un dia de batalla, cada jefe tiene el deber de sentarse á la puerta de su tienda, y cada hombre de su séquito que ha matado á un enemigo, se presenta á su vez delante de él armado de todas armas, con el ensangrentado prepucio del hombre que mató... Vuelve á presentarse tantas veces cuantos son los hombres matados por él... Acabada la ceremonia, cada guerrero toma su sangriento trofeo, vuelve á aparecer con él y le prepara de la manera que los Indios emplean para sus cabelleras... El ejército entero... en cierto dia de parada los echa ante el rey y los deja á la puerta de su palacio (2).»

Falta hacer notar aquí que el trofeo que primeramente sirve para probar la victoria alcanzada por un guerrero, se convierte por sucesion en una ofrenda al jefe y un medio de enumerar los muertos, cosa que un viajero francés, Rochet d'Hericourt, ha comprobado recientemente. Una costumbre igual servia para el mismo objeto á los Hebreos; de ello tenemos la prueba en el pasaje en que se cuenta la tentativa de Saul para perder á David, cuando le ofrece su hija Mial por mujer:—«Y dijo Saul: «Hablaeis así á David, el rey solo pide por viudedad cien prepucios de Filisteos para que el rey quede vengado de sus

(1) Prof. Max Muller. *The History of Antiquity*. Trans. London, 1877, I, 131.

(2) James Brury. *Travels in Abyssinia*, 1768-73, Edim., 1790, VI, 116.—Rochet d'Hericourt. *Second Voyage*.

